V

De Arqueología Salmantina

Al hacer un arreglo en la casa de los Abarca Maldonado, plaza de Fray Luis de León, apareció en el ángulo SW., en los cimientos, una lápida romana con triple inscripción. Tiene la piedra de granito 68 centímetros de alto, 66 de ancho y 42 de grueso. Conserva vestigios de un marco que la encuadraba y que ha desaparecido al utilizarla como sillar en el siglo XV. También tuvo dos relieves verticales para separar las diferentes inscripciones. Su estado de conservación no es muy satisfactorio, pero es digna de conservarse en el Museo por muchos conceptos: por su antigüedad, unos diez y ocho siglos; por ser triple y, por tanto, rarísima, y por contener nombres de salmantinos de una época en que casi todos han desaparecido. La piedad de los que la pusieron o la mandaron hacer deseaba su permanencia para siempre.

He aquí la inscripción:

REBU	FIRM	VEG
rriNAE	ANIL	ETIN
reburR	AE·FIR	E VEG
I F A	MAN	ETI F
n XVII	I AN	AN LXV
S T t	VIIII H S	H S S T
L	S T · T · L	T L

Su lectura completa, supliendo deficiencias que el tiempo ha borrado, es ésta, con bastante seguridad: *Re-*

burrinae Reburri f(iliae) a(nnorum) XVII. S(it) t(ibi) t(erra) l(evis). O también: *Reburinae Reburi,* etc.

Esta primera inscripción es la que peor se conserva. A la primera R le falta el palo vertical por estar la piedra rota y faltan las letras que van con minúscula. La N de la segunda línea sólo conserva la parte alta de los dos últimos rasgos; parece la parte superior de una V. El contexto de los dos nombres exige que sea una N y no V. El detenido examen de la piedra no lo excluye.

En castellano significaría: "Consagrado a Reburrina, hija de Reburro. Falleció a los diez y siete años. Séate la tierra leve." Y también: "A Reburina, hija de Reburo", etc.

En los números romanos hay enlace de la X y la V, enlace que se repite en la tercera inscripción.

Los nombres Reburro y Reburrina, que hoy nos causan hilaridad, son corrientes en la Epigrafía romana, como puede verse en Hübner, II, números 2568 y 4268. Abundan, sobre todo, en la Epigrafía salmantina, inscripción de Villasbuenas; otra en Salamanca, casa de don Lorenzo Niño; otra en la casa de las Batallas o de la Concordia, calle de San Pablo; otra en Saldeana (números 39, *Riburrus,* 48, 62, *Reburi(na)* y 128 de mi *Epigrafía Salmantina*). *Reburinus* y *Reburina* también podrían aceptarse para esta inscripción. *Reburrus* quiere decir muy peludo, que lleva el pelo echado hacia atrás.

La segunda inscripción se lee: *Firmanilae Firmani [filiae] an(norum) VIIII H(ic) s(ita) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).* Y en español: "Dedicado a Firmanila, hija de Firmano. Murió a los nueve años. Séate la tierra leve."

Firmanilla aparece en Sagunto (CIL., núm. 3968). *Firmanus* es corriente. En las tres inscripciones se ve el nombre femenino en diminutivo, derivado del nombre del padre, nombre severo, normal.

La tercera inscripción es: *Vegetin(a)e Vegeti f(iliae) an(norum) LXV. H(ic) s(ita) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis).* "Monumento erigido a Vegetina, hija de Vege-

to. Se murió a los sesenta y cinco años. Aquí está enterrada. Séate la tierra ligera." *Vegetina,* nombre derivado de *vegetus,* no figura en el *Corpus.* El que figura es *Vegeta.*

La A no tiene travesaño; es como una V invertida. Los dos primeros nombres femeninos terminan en diptongo para el dativo; el último termina sencillamente en E. Faltan las siglas características D. M. S.

Aprovecho la ocasión para decir unas palabras sobre la antigüedad y origen de Salamanca.

La fundación de Salamanca se remonta a una antigüedad considerable. Las fuentes históricas guardan el silencio propio de la época. Los historiadores, faltos de noticias ciertas, han acudido a fábulas y leyendas insostenibles. Plutarco habla de Salamanca refiriéndose al paso de Aníbal en el siglo III antes de Jesucristo. Eran los albores de la Historia. En ese tiempo la vemos ya con numerosos habitantes, organizada, formando un todo contra el enemigo. Podía llevar de existencia un siglo, dos, diez, veinte.

Los utensilios más antiguos hallados en las cercanías de Salamanca, en las altas mesetas desde Vista Hermosa a Pelabravo, entre el cementerio y el río y la parte oriental de la ciudad, se remontan a una antigüedad que está fuera de la cronología: al Paleolítico inferior, al nivel arqueológico llamado Achelense.

Tales utensilios son cuarcitas toscamente labradas por el hombre, para servirse de ellos como utensilios de trabajo. La mayor porción de ellos están en mi colección, a disposición de los estudiosos; algunos he mandado al señor Gómez-Moreno y los ha entregado al Museo Arqueológico de Madrid; otros he cedido al señor Leite de Vasconcellos (D. J.) y están en el Museo de Lisboa; los he hallado con mis alumnos siguiendo las orientaciones del señor Obermaier, que es el que halló

el primer utensilio. Esto demuestra que en aquellos lejanos tiempos vivían por aquí algunas tribus a las orillas del Tormes, manteniéndose de la caza, de la pesca, de miel silvestre, de frutas y de raíces de árboles. El Marín y el Cerro de la Salud no se habían separado con la gran zanja que ahora los divide; formaban un dique alto, aproximadamente como el puente del ferrocarril, y el agua del Tormes, contenida, formaba un gran lago, que ocupaba parte de la ciudad y sus alrededores. Prueba de ello son los cantos rodados que se ven en el Teso de la Feria y detrás del Matadero, hasta bastante altura, y en cantidad suficiente para no suponerlos trasladados allí por las gentes, sino formados por la acción continua de las aguas.

De estas primeras manifestaciones humanas nada quedó, y no es posible dar a Salamanca este origen. Vino después la última glaciación terrestre y el frío hizo imposible la vida del hombre en estas cercanías; huyó en busca de las cuevas, que le ofrecían el calor de la madre tierra, y en aquellas largas noches se dedicó al arte, como lo declara la cueva de Altamira.

El clima cambió profundamente y adquirió las condiciones de hoy; la fauna y la flora se adaptaron a él; el hombre salió de las cavernas, y bien por iniciativa propia, bien por contacto con nuevas tribus que trajesen gérmenes de otras civilizaciones, comenzó nueva vida, una nueva fase que se llama período Neolítico. Entonces el hombre cubrió su desnudez con pieles y tejidos y dió principio a la indumentaria; domesticó algunos animales y nació la ganadería; comenzó a cultivar los cereales y nació la agricultura y con ella la vida sedentaria; ensayó vasijas de barro y dió origen a la alfarería; construyó dólmenes o sepulcros para sus muertos y con ello empezó la arquitectura; labró sus utensilios de trabajo con el nuevo procedimiento de la frotación y este aspecto es lo que da el nombre al período Neolítico, o piedra nueva; encontró y elaboró

los metales y puso en marcha la minería y la metalurgia; vió una colina, un cerro, una elevación con explanada en la parte alta, de difícil subida, fácil de defenderse desde arriba con piedras, con flechas, con hondas; eligió esas alturas como habitación permanente y dió origen a los pueblos y ciudades.

Si bien lo consideramos, los que han venido después no han hecho más que perfeccionar los gérmenes de cultura que nos legaron los Neolíticos.

En cualquiera de los momentos que hay desde el Neolítico hasta el siglo IV antes de la Era cristiana, lo que comprende una serie no escasa de siglos, pudo tener lugar la fundación de Salamanca. Este dato podría concretarse más haciendo excavaciones en el solar primitivo.

Como la fundación de Salamanca no es un hecho aislado, sino contemporáneo de otras muchas poblaciones que hubo en la región, como son Yecla, Ciudad Rodrigo, Lerilla, Salvatierra, el Cerro del Berrueco y otras mil que podría citar, hay que tener en cuenta la vida de esas poblaciones para deducir por analogía el principio de cada una. De la población del Berrueco se sabe que existió desde el Neolítico final hasta la conquista romana, atrevesando la Edad del bronce y del hierro. Lo mismo pudo ocurrir a Salamanca.

Algunas familias de ganaderos vieron a las orillas del Tormes un punto a propósito para establecer su castro, su fortaleza, en que pudieran defenderse contra invasiones de advenedizos, y en ese punto fijaron su morada. Los campos les ofrecían pastos para sus ganados y tierras para el cultivo; los bosques, caza; el río, pesca y bebida para todos, y el castro, defensa ventajosa para el caso de una sorpresa menos formidable que la de Aníbal.

Ese castro, esa fortaleza primitiva que dió origen a la ciudad murada, solían elegirla cerca de una corriente de agua, en una explanada naturalmente defendida,

rodeada de acantilados que redujesen la defensa por el valor a la menor extensión posible. Si los acantilados no la defendían por completo, la parte expuesta se cercaba con fosos concéntricos, con trincheras, y más tarde con muros. En la fortaleza estaba desde luego el santuario de la divinidad que adoraban y las chozas, que después se convirtieron en casas de los jefes, soldados y pueblo. En los sitios altos ponían centinelas o atalayas, que tocaban un cuerno en señal de alarma al acercarse gentes extrañas, y entonces los pastores y agricultores se recogían con sus haciendas al interior del castro y los guerreros a la brecha, con las armas, si era necesario.

A buscar el primer emplazamiento de Salamanca ya nos ayuda su historia por exclusión. En su origen tuvo que ser muy pequeña y tuvo que estar colocada en sitio estratégico. La altura que hay entre la Peña Celestina y el arroyo de los Milagros reúne esas condiciones y, en ese ángulo hay que colocar la primitiva Salamanca, mientras razones poderosas no demuestren la equivocación. La altura de San Vicente, donde estuvo el famoso convento, reúne condiciones análogas, mejores todavía. Quizás los primeros pobladores ocuparon las dos mesetas. Pero de donde parte la ciudad de Salamanca es de la Peña Celestina.

Inútil y ridículo sería señalar el año de la fundación de Salamanca, el nombre del fundador, el pueblo que ese fundador acaudillaba, pues todos esos detalles son un misterio y lo serán siempre para la mayor parte de las ciudades. Algo se podrán dilucidar estos problemas, en lo relativo a nuestra ciudad, haciendo excavaciones en la meseta que se forma en el ángulo de la Peña Celestina y el arroyo de los Milagros, donde suponemos colocado el castro que dió principio a la ciudad. Allí, por el Sur, la defensa era bien sencilla, dada la altura acantilada de la roca; por el W., la vertiente del valle, ayudada con poca mano de obra, hacía ese lado fácilmente defendible; el cierre de ese ángulo estaría formado por

un semicírculo de fosos concéntricos que uniesen el lado S. con el lado W., y estarían colocados esos fosos más acá o más allá según el número de habitantes, dato que hay que tener en cuenta para las viviendas y para la defensa. No caben muchas casas en pequeño espacio, ni se puede defender una gran línea con pocos guerreros. La extensión de los castros es muy variable. La parte habitada del Cerro del Berrueco no es menor que tres veces la Salamanca de hoy; el de Irueña y de Saldeana no son mayores que el inmediato pueblo de Carbajosa. Habrá, pues, que dar a los lados de ese ángulo una longitud de cien metros, doscientos, o más, conforme al número de pobladores que, al aumentar con el tiempo, pudieron dilatar, aquí por la disposición del terreno, la extensión del castro.

Entonces probablemente se cultivaban los cereales y pastaban los rebaños en el solar que ocupan las Catedrales, y la Universidad y la Plaza Mayor. Indudablemente los primitivos salmantinos se dedicaron al pastoreo y a la agricultura; pero con la agricultura, que lleva consigo la vida sedentaria, surgen una porción de industrias, que necesariamente tuvieron que desarrollar. Construcción de chozas de ramaje, luego casas de piedra cubiertas con ramas, paja o tierra; construcción de utensilios y de armas para la paz y para la guerra, que primero serían de piedra, luego de cobre, después de bronce y últimamente de hierro; el adobo y curtido de pieles, la fabricación de bebidas fermentadas, la fabricación de vasijas para contener líquidos y cereales. En un principio cada cual fabricaría mejor o peor los útiles que necesitaba; pero poco a poco uno se distinguía en una cosa, otro en otra; los vecinos acudían a ellos, recompensando su trabajo en especie, y así nacieron los oficios de carpintero, de herrero, de alfarero.

El comercio se practicó pronto en esta tierra y yo lo he comprobado, no en Salamanca precisamente, pero sí en la provincia, al hallar en los dólmenes piedras y uten-

silios de piedra que no son del país y que delatan una antigüedad de 2.000 a 2.500 años antes de J. C., es decir, que se remontan al principio de la edad de los metales. Esos utensilios o la materia de que se hacían tuvo que ser traída de otra parte por el comercio.

Los castros, los habitantes de los castros, no vivían solitarios como los hongos; tenían relaciones familiares, de alianza, de federación; relaciones pacíficas o guerreras con los castros de la comarca. Los que fácilmente podían relacionarse con el de Salamanca son: el de Ribas, en lo alto de la Flecha; el de San Cristóbal, muy desfigurado, que ya sólo conserva el nombre entre moriscos, y San Cristóbal; el mismo San Cristóbal, que su origen fué un castro; el de Villamayor, llamado el Teso de San Miguel; la Seta o Septa, más allá de Aldeaseca de los Pinares, cuyos fosos se conocen aún; el de Florida de Liébana, donde está la iglesia separada del pueblo; el de Mozárbez, llamado el Teso de Utrera, que aún conserva parte de sus murallas, lo que prueba que existió hasta muy tarde, y la Mesa de Carpio, cerca de Alba.

Con estos castros, más o menos sincrónicos de Salamanca, y con otros muchos más alejados, tuvo que tener muy variadas relaciones nuestra ciudad. Con estas relaciones comenzaron los caminos a través de los bosques.

De estos tiempos inciertos, ya bastante entrados, es el *Toro de la Puente* y otros muchos toros y verracos de piedra que hay en diversos puntos de la provincia, unos completos y la mayor parte quebrantados por las injurias de los siglos.

Casi todos los castros llegaron poblados desde los tiempos prehistóricos hasta los albores de la historia; entonces unos triunfaron y otros sucumbieron. Los que tenían a mano pasto para la ganadería, terrenos de cultivo y agua para sus necesidades, ciñeron una muralla alrededor, en vez de las rudimentarias empalizadas que

hasta entonces habían tenido, y se dispusieron a penetrar en los tiempos históricos. Entre éstos podemos contar Salamanca, Ledesma, Ciudad Rodrigo, Fuenteguinaldo y otros. Algunos llegaron a la época romana y luego desaparecieron, como Las Merchanas en Lumbrales, Saldeana y el castillo de Pereña. Muchos conservan sus murallas, sus puertas y el solar lleno de cacharros, pero están dedicados a pastos o al cultivo, como Irueña, Lerilla, el Teso de Utrera y el Cerro del Berrueco. Este desapareció ante la violencia de las llamas. En casi todos se conserva, o se ha conservado hasta hace poco, el santuario de la divinidad que adoraban los primitivos, cristianizado desde luego y modificado cien veces en el transcurso de los años. Los conquistadores respetaban los templos como medida política y obligaban a los vencidos a dejar el castro y establecerse en la llanura, si es que no lo tomaban ellos para su morada y fortaleza.

El castro de Salamanca, colocado a las orillas del Tormes, al borde de un camino forzosamente concurrido, que más tarde se llamó la Calzada de la Plata, cuyo principal vestigio es el puente, en medio de fértiles campos, que entonces eran bosques, muy propios para el pastoreo y para la agricultura, en posición estratégica para resistir los ataques enemigos, salió vencedor de los tiempos arcaicos, ensanchó su primitivo solar, penetra en los campos de la historia junto con el nombre de Aníbal y se presenta a nosotros con vestigios de fortificación romana.

La ciudad romana, la Salamanca de los romanos era el mismo antiguo castro, aumentado; el lado de la Peña Celestina se prolonga al oriente hasta muy cerca de la calle de San Pablo; de aquí sigue al Norte por la torre que se llama del Marqués de Villena; después sigue por una revuelta que hay en la calle del Tostado, hacia lo alto de la calle Palominos, puerta del Semina-

rio, Jardín Botánico, ladera del Arroyo de los Milagros, y cierra en la Peña Celestina. Desde la calle del Tostado hasta el Arroyo de los Milagros no hay vestigios aparentes.

Tal era la extensión de la ciudad romana.

P. CÉSAR MORÁN, O. S. A.
Correspondiente.